

## PRESIDENTES DE LA ALCIN

Desde la fundación de la Academia

- 1940 - JOSE VENTURELLI EADE; pintor, dibujante  
1941 - 1942 - JORGE SILVA PIDERIT  
1943 - MARIO ARANILLO ROMO; abogado  
1944 - PABLO VIDALES BAEZA; abogado  
1945 - JORGE OVALLE QUIROZ; abogado  
1946 - JAIME ORTUZAR VIAL; ingeniero  
1947 - CARLOS FREDES ALIAGA; prof. de Historia  
1948 - JORGE GUZMAN CHAVEZ; prof. de Literatura  
1949 - CARLOS IVOVIC BOUDON; abogado  
1950 - PATRICIO VALLE VALLE; abogado  
1951 - JAIME SCHWENCKE LAZO; ingeniero-químico  
1952 - JORGE CAUAS LAMA; ingeniero civil  
1953 - ISIDORO HORWITZ CAMPOS; médico  
1954 - RICARDO LAGOS ESCOBAR; abogado  
1955 - CLAUDIO GONZALEZ URBINA  
1956 - ALEJANDRO SOLIS MUÑOZ; abogado  
1957 - ANTONIO SKARMETA BRANICIC; novelista  
1958 - GRINOR ROJO DE LA ROSA; prof. de Literatura  
1959 - MANUEL SILVA ACEVEDO; poeta  
1960 - FERNANDO CASANUEVA VALENCIA; abogado  
1961 - JUAN AGUILERA LOPEZ  
1962 - FEDERICO GANA JOHNSON  
1963 - JOSE LUIS CARDENAS; poeta  
1964 - WALDO ROJAS SERRANO; poeta  
1965 - JOSE MIGUEL VICUÑA NAVARRO  
1966 - JORGE ORMEÑO FUENZALIDA  
1967 - RAMON OYARZUN CAMACHO  
1968 - FERNANDO BALCELLS DANIELS  
1969 - GERMAN E. CHAMORRO O.  
1970 -  
1990 - MARIO ALIAGA VALENZUELA; est. de Literatura  
1991 - HUGO ROSAS ORTIZ; est. de Literatura  
1992 - RODDY GAYMERS; est. de Derecho  
1993 - ALEJANDRO ZAMBRA INFANTAS; cursa 4º de Letras

Santiago, 29 de septiembre de 1993

Sr.  
Carlos Cerda  
Presente

*Estimado amigo y escritor:*

*La Academia de Letras del Instituto Nacional, ALCIN, en unánime acuerdo de sus integrantes, tiene el agrado de nombrarle, mediante la presente, Director Honorario; por su ineludible participación en el quehacer cultural institutano, ya como alumno, ya como escritor, y en especial por su sustantivo aporte y apoyo a esta Academia que emergió nuevamente después del prolongado silencio en que se vio sumida.*

*Gracias a hombres como usted, pudo resurgir esta instancia cultural que, a través del oficio y de la amistad pretende que cada uno de sus integrantes ocupe en el futuro sitios tan importantes dentro del panorama literario como aquellos que ustedes, sus exintegrantes, hoy ocupan.*

*En adelante, su nombre habrá de estar en un lugar de privilegio en la historia de esta Academia, así como también en su corazón; el hecho de nombrarlo Director Honorario es una forma de expresar admiración y reconocimiento a quien ha dado lo mejor de sí en favor del Instituto Nacional y la Academia de Letras.*

MARCELO CARRASCO  
Vicepresidente  
Alcin

ALEJANDRO ZAMBRA  
Presidente  
Alcin

## CARLOS CERDA

Nace en Santiago en 1942. Lee sus primeros cuentos en ALCIN, Academia de Letras Castellanas del Instituto Nacional, donde realiza sus estudios secundarios. A los 16 años estrena su primera obra, LOS JOVENES ESPOSOS, en un Festival de la Escuela de Teatro realizado en la Sala Lex. Estudia Filosofía en la Universidad de Chile, donde también realiza actividades teatrales como actor en el CADIP, Centro de Arte Dramático del Instituto Pedagógico. Entre 1973 y 1985 vive exiliado en Berlín, donde realiza un Doctorado en la Universidad de Humboldt y además dicta la cátedra de Literatura Latinoamericana. En Rosstock estrena LA NOCHE DEL SOLDADO (1975) y en Leipzig, AMOR AMERICA (1977). También escribe el guión cinematográfico de ABRIL TIENE TREINTA DIAS (1978) que obtiene el Premio de Arte en Copenhague (1976), novela (PAN DE PASCUA, 1978), y guiones radiofónicos, con los cuales obtiene una serie de premios. En 1985 regresa a Chile y estrena, en colaboración con el Teatro ICTUS, LO QUE ESTA EN EL AIRE (1986), RESIDENCIA EN LAS NUBES (1987) y ESTE DOMINGO (1990), versión teatral de la novela homónima de José Donoso. Desde 1991 es profesor de dramaturgia en la Escuela de Teatro de la Universidad Católica de Chile.

Recientemente, ha publicado su novela MORIR EN BERLIN, que enfrenta la difícil temática del exilio.

Santiago, 12 de octubre de 1993

Sres.

Alejandro Zambra y

Marcelo Carrasco

Presidente y Vicepresidente de la

Academia de Letras Castellanas del Instituto Nacional

Estimados amigos:

Pocas cosas me conmueven tanto como la perseverancia del espíritu en medio de la torpe violencia y la arbitraria sinrazón. El nombramiento que ustedes tan generosamente me proponen tiene su principal valor en el hecho de que nuestra Academia "emergió nuevamente después del prolongado silencio en que se vio sumida", como dicen ustedes tan certeramente en la carta que me enviaron. Y hablan ustedes con razón del silencio porque el oficio del escritor es decir una palabra valerosa allí donde otros preferirían la muda aceptación, pronunciar la palabra justa allí donde parece predominar la indiferencia.

Pero el espíritu que prevalece es de cultivo difícil. Se requiere una empecinada voluntad, una larga paciencia, una sincera compasión, para escribir durante tantos años los libros que han trazado el curso de nuestras preferencias y configurado nuestra historia literaria. Y parte de esta historia ha pasado por la Academia de Letras del Instituto. Recuerdo que en mis días de estudiante escuchamos aquí a Manuel Rojas, a Benjamín Subercaseaux, a Marta Brunet, a José Donoso. Nuestros, niños entonces, admirábamos —sin renunciar a esa arrogante desconfianza que se cura con los años— a estos seres de carne y hueso que habían hecho un extraño pacto con la locura y elegido vivir inventando irrealidades. Intuíamos, sin embargo, que esas irrealidades hablaban con más profundidad de lo existente, con más dolor de lo que no queríamos seguir sufriendo y con más solidaridad de la que se proponía en los textos de estudio.

Los de mi tiempo anduvimos cargando por el mundo la herencia de dignidad que aprendimos en estas aulas. Más de una vez, flaqueando casi el ánimo, me apoyé en un lejano recuerdo: el olor de las plantas recién regadas del antiguo patio de la fuente, a la hora en que caía la noche y las únicas luces que brillaban en la soledad del colegio abandonado eran las de la biblioteca en donde sesionaba la Academia. Y me parecía escuchar algunas voces: la de Antonio Skármeta, la de Jorge Arrate, la de Ricardo Lagos, la de Manuel Silva Acevedo, la de Ignacio Chávez, la de Antonio Rojas Gómez, la de Mariano Aguirre. El coro de estas voces me ayudó en la irreparable soledad del exilio y hoy, reunidas en su suelo y en la reconstrucción de la nuestras irrenunciables palabras.

Agradezco el honor que me hacen, pero por sobre todo, el que ustedes sean hoy la continuidad viva de un antiguo sueño.

Carlos Cerda

Santiago, 12 de octubre de 1993